

# “MOVILIDAD FORZADA, LIBERTAD DECIDIDA: BAKHITA, TESTIGO DE UNA JUVENTUD AFRICANA ARRAIGADA Y COMPROMETIDA”

**NDOUR Georgette Thioume**

Université Cheikh Anta Diop Dakar

thioumend@gmail.com

## **Resumen:**

*Bakhita nació en Sudán hacia 1869. Fue secuestrada de su pueblo de Olgassa a los siete años. De Sudán a Italia siguió una ruta migratoria heroica. En los años que precedieron a su partida, acumuló un patrimonio cultural que le ayudó a sobrevivir. En primer lugar, su educación en la aldea le proporcionó la alegría de una infancia pacífica y creativa en comunidad con los demás, especialmente con su madre. De ella aprendió el valor en el trabajo, la resistencia y la perseverancia. Por eso, en el camino hacia la esclavitud, por muy intenso que fuera el sufrimiento, siempre encontró razones para vivir y tener esperanza. Tuvo el valor de denunciar el mal, de aliviar a los niños más débiles que caminaban con ella. Creció aprendiendo de su sufrimiento y, apoyada en su fe en Dios, mantuvo viva la esperanza. Nunca volverá a ver Sudán, pero terminará su viaje con la convicción de que nunca perdió su libertad, aunque fuera esclava.*

**Palabras clave:** Migración - esclavitud - infancia - juventud - libertad - compromiso

## **Resume:**

*Bakhita est née au Soudan vers 1869. Elle sera enlevée de son village d'Olgassa vers l'âge de sept ans. Du Soudan à l'Italie elle suivra un parcours migratoire héroïque. Durant les années qui précèdent son départ, elle a emmagasiné un héritage culturel qui l'a aidée à survivre. Tout d'abord son éducation portée par tout le village lui procure la joie de vivre une enfance paisible, créative, en communauté avec les autres et surtout avec sa mère. D'elle, elle a appris le courage au travail, l'endurance, la persévérance. C'est pourquoi, sur la route de l'esclavage, quelle que soit l'intensité de la souffrance, elle trouvait toujours des raisons de vivre et d'espérer. Elle a eu le courage de dénoncer le mal, de soulager les enfants plus faibles qui*

*marchaient avec elle. Elle a grandi en tirant des leçons de ses souffrances et soutenue par sa foi en Dieu, elle a gardé l'espérance. Elle ne retrouvera plus le Soudan mais elle achèvera sa course dans la conviction de n'avoir jamais perdu la liberté tout en étant esclave.*

**Mots clés :** *Migration – esclavage – enfance – jeunesse - liberté – engagement*

## **Abstract:**

*Bakhita was born in Sudan around 1869. She was abducted from her village of Olgassa at the age of seven. From Sudan to Italy she followed a heroic migratory route. In the years leading up to her departure, she accumulated a cultural heritage that helped her to survive. First of all, her upbringing in the village gave her the joy of a peaceful, creative childhood in community with others, especially her mother. From her, she learnt courage at work, endurance and perseverance. That's why, on the road to slavery, no matter how intense the suffering, she always found reasons to live and to hope. She had the courage to denounce evil, to relieve the weaker children who walked with her. She grew up learning from her suffering, and supported by her faith in God, she kept hope alive. She will never see Sudan again, but she will finish her journey in the conviction that she never lost her freedom, even though she was a slave.*

**Key word :** *Migration - slavery - childhood - youth - freedom – commitment*

## **Introducción**

El fenómeno de la migración forzada se refiere al desplazamiento de individuos o grupos de personas que se ven obligados a abandonar su lugar habitual de residencia como consecuencia de determinadas circunstancias indeseables. Este fenómeno puede deberse a diversos factores, como conflictos armados, persecuciones étnicas, religiosas y políticas, así como crisis económicas y situaciones de extrema pobreza. En este artículo se trata de una migración forzada en que la protagonista elige ser libre y no esclava. Se lanza en esta empresa dentro de un mundo semejante a un campo de batalla. El final de un

escenario es lo mismo que el principio de otro. Los que más libran esta batalla perpetua, son los jóvenes emigrantes africanos. Por falta de pertrechos adecuados son derrotados la mayor parte del tiempo. ¿No está ligada esta vulnerabilidad a la falta de preparación antes de cualquier viaje migratorio? ¿Saben acaso que una fuerza psicológica es necesaria en cualquier aventura?

Cuando leemos la novela de Véronique Olmi, descubrimos una historia de migración y esclavitud que duró toda una vida. A partir de esta migración forzada, queremos ofrecer a los jóvenes secuestrados por la fuerza de un deseo interior de migrar que se vuelve irresistible, un modelo de resiliencia para afrontar las luchas que atraviesan en la ruta migratoria. Este modelo se asienta en los lazos o vínculos que se deben guardar con la familia, el pueblo de origen y las nuevas relaciones en el camino. Para ello, proponemos un análisis desde tres ángulos: los vínculos del nacimiento que sientan las bases de una identidad sólidamente cimentada, los vínculos del sufrimiento que endurecen y fortalecen la alteridad, y los vínculos de la esperanza que permiten disfrutar de la vida.

## **Capítulo 1. Vínculos de nacimiento**

### ***1.1. Infancia de Bakhita***

Una infancia bien lograda es el primer peldaño en la construcción de una persona resiliente ante cualquier dificultad. En efecto, es la época donde se echan sobre la inocencia del niño, “las fundaciones” del edificio humano. Fuertes valores se instalan como la alegría de vivir. El dicho popular de Mahatma Gandhi lo reza : «Un niño siempre puede enseñar a un adulto tres cosas: a alegrarse sin motivo, a estar siempre ocupado en algo y a saber exigir insistentemente lo que quiere». Esta es la verdadera alegría gratitud de las personas y de la naturaleza que envuelve la infancia en África. Observamos que el niño

alecciona mientras recibe lecciones. Dudamos de que los adultos se percaten de esta realidad. Sobre estas fundaciones de la inocencia y de la alegría se empieza a levantar las paredes con el cemento de la educación. Todo el pueblo constituye los obreros que llevan al niño en crecimiento. En otras palabras, es una responsabilidad colectiva proteger, educar y apoyar a los niños para que puedan desarrollar todo su potencial y contribuir positivamente al desarrollo de la sociedad. Las lecciones se integran también por medio del juego que se suelen hacer en contacto con la naturaleza. Los juegos de los niños implican símbolos y rituales. Olmi cuenta que «estos pequeños juegan a la sombra del gran baobab, y el árbol es como una persona en la que pueden confiar. Es el centro del antepasado, la sombra y el punto de referencia". (Olmi 2017:18). En estos momentos, los niños viven plenamente el presente y lo disfrutan, no se preocupan por nada. Esta conexión entre símbolo y tiempo que se da plenamente en el niño, Soede lo expresa en estos términos:

Su lenguaje simbólico y pictórico hace del tiempo el momento presente, continuo e infinito en el que el ser humano, en busca de sentido y vida, entra en relación de interdependencia y comunión con el cosmos. De esta relación con los demás seres vivos, las personas extraen energía para promover su ser-vida en términos de sabiduría, trabajo, relaciones con sus semejantes, el medio ambiente y lo divino. (Soede N.Y., 2011:18-19)

Bakhita va a vivir plenamente este proceso de crecimiento. Olmi relata que a los cinco años, Bakhita comenzó a desarrollar la motricidad gruesa y fina: «hace lo que hacen todos los niños, inventa, da vida a objetos, piedras, plantas, anima e imagina». (Olmi 2017: 19). La infancia es un tiempo de autoeducación, de formación de grupo incluso en ausencia de la supervisión de los adultos, aunque la controlen desde lejos. Por eso Pierre Erny afirma que,

El niño africano tiene una mente singularmente aguda en ciertas áreas, especialmente en lo que se refiere a la intuición.

Esto explica también la impresión de seguridad, estabilidad y serena certidumbre que suelen dar los niños criados en un entorno tradicional: su mundo es estable y firme, todo tiene un sentido y una razón de ser, cada cosa está en su sitio y actúa según su naturaleza; la casualidad, diríamos, no existe, como tampoco lo desconocido, y la aventura humana sigue caminos bien marcados. (Pierre Erny, 1990 [1968]: 18-19)

Otra planta del edificio en el proceso de crecimiento humano es el paso de la infancia-adolescencia a la edad madura. Como todas las etapas, se hacía también mediante rituales. Bakhita recuerda el ritual de la entrada de los niños en la edad adulta como parte de las celebraciones del festival de la cosecha:

Recuerda las peleas que tenían lugar todos los años en casa para celebrar la cosecha. Los jóvenes que habían alcanzado la madurez luchaban contra los adolescentes de otros pueblos, una lucha fraternal, como un baile. Sus pueblos estaban orgullosos de ellos, y su hermano era más que él mismo, era también, como decía su abuela, «los antepasados, los que vemos y los que esperan venir al mundo». Las mujeres se adornaban, adornaban a los niños, era como si una sola persona poderosa y venerable se hubiera multiplicado en otros cientos, con el mismo deseo intenso e incansable. (Olmí 2017: 125).

Esta hermosa simbiosis denota un vínculo armonioso con el entorno natural y social del pueblo. Bakhita no habrá terminado de crecer cuando sea arrancada de su infancia en pleno proceso de desarrollo. Esta ruptura dejará profundas y duraderas cicatrices emocionales en su ser. A los diez años, después de que Samir, el hijo de su maestra, la viole, Bakhita toma conciencia del gran cambio interior que está viviendo: «Tiene diez años y no sabe cómo crecer. Crecer bien. Crecer dulce y bien, ella, impura, dañada y sin inocencia. Su vida es como un baile al revés, un remolino de agua sucia. Ella busca un punto de referencia, sedienta de algo que no encuentra". (Olmí 2017: 137). El recuerdo de este breve periodo de infancia

truncada sostendrá su coraje en su largo viaje de migración forzada. Así, en este lote de recuerdos, el de su madre ocupa un lugar especial. Porque «Bakhita comprende que puedes perderlo todo: tu lengua, tu pueblo, tu libertad. Pero no lo que te has dado a ti mismo. No pierdes a tu madre, nunca". (Oلمي 2017: 182).

### ***1.2. La figura materna para Bakhita***

La madre es la arquitecta del edificio humano. Es la primera persona que ofrece apoyo emocional a su hijo cuando se enfrenta a dificultades. Por eso, la forma en que la propia madre afronta la adversidad puede servir de poderoso ejemplo al niño. Al abrazar su propia resistencia y capacidad para superar las dificultades, demuestra a su hijo que es posible afrontar los retos de la vida con fuerza y determinación. Por todo ello, nuestra autora acierta al situar a la madre en el centro de la dolorosa aventura de Bakhita como una estrella guía, una fuerza que la estimula desde dentro. A pesar de su corta edad, Bakhita sabe describir a su madre y siempre se identificará con ella. Mejor aún, el espíritu de su madre nunca la abandonó. Su retrato refleja el de una auténtica mujer tradicional africana. Esta se asocia a menudo con la fuerza, la resistencia y la determinación frente a los retos de la vida. Como una mujer del servicio doméstico la madre de Bakhita : «Olía a mijo tostado, al azúcar amargo del sudor y a leche. Olía a lo que daba". (Oلمي 2017: 17). También era una mujer fértil: «De los once hijos que había dado a luz su madre, cuatro habían muerto. Dos habían sido secuestrados". (Oلمي 2017: 17). Esto no fue sin consecuencias para su madre: pena y dolor, resistencia y fortaleza. En otras palabras, a pesar de las dificultades y las pérdidas, su madre encuentra una fuerza extraordinaria para seguir adelante con la vida. Aunque pequeña y en circunstancias de dolor, Bakhita iba mamando sabiduría a los pechos de su madre. Se iba identificando también con la belleza física de su madre, y ésta se esforzaba en transmitírsela:

Para esta fiesta, recuerda, su madre se había trenzado el pelo con perlas rojas, amarillas y azules, se había rodeado la cintura y las muñecas con las mismas perlas rojas, amarillas y azules, que habían pertenecido a sus antepasados y eran el signo de su tribu, su reconocimiento, como las pinturas en las caras, los tatuajes en los párpados, estos peinados y estos adornos. (Olmí 2017: 24).

Según el *Diccionario de los simbolos* (Jean Chevalier, Alain Gheerbrant 2003: 87, 163, 888) y en la cosmogonía africana, el color rojo representa la sangre y la vida. El amarillo es el color de la luz del sol que atraviesa el cielo azul. El azul de lo profundo, de la interioridad, del infinito, de la tranquilidad y la armonía. Ella cree y crece en esta belleza que su madre no deja de repetirle: «es bella, mansa y amable». Así que incluso cuando está furiosa, incluso cuando está enfadada, intenta ser como lo que su madre dice de ella, «dulce y buena» (Olmí 2017: 27).

Ella misma se convierte en madre por el camino: «y esta niña pequeña (Kishmet) que ha venido a acurrucarse junto a ella, que se niega a hablar y mantiene los ojos cerrados. Bakhita siente los latidos del corazón de la niña... es como un polluelo sujeto por un poco de paja, un minúsculo espacio de calor donde puede encontrar descanso, sus ojos cerrados contra Bakhita, respira por miedo". (Olmí 2017: 53-54).

Su madre desempeñó un papel esencial como referencia espiritual en su vida, guiándola por el camino de la fe, la compasión y la paz interior. El vínculo con su madre lo sentiría incluso en la distancia, hasta el punto de que: «No pasa una mañana sin que piense en su madre sentada en el tronco del baobab». (Olmí 2017: 223). Así sucedió en su captividad en Italia. Con su olfato y sentido de la observación, o mejor aún, con su instinto maternal, se pone en el lugar de una madre incompetente para salvar de la muerte al hijo de ésta y sacarla de la depresión. Bakhita observa y ve en la esposa de su nuevo amo

un carácter agresivo, poco hablador, una falsa amabilidad. Reflexiona y «sabe que una mujer que oculta su desgracia es una mujer que lleva dentro un gran enemigo...». (Oلمي 2017: 223). De hecho, sin dudar, «Bakhita, tras despertar al hijo moribundo de su ama, duerme con ella, bajo sus sábanas. Como en su pueblo, hace el gesto de sostener a la pequeña hacia la luna y pronunciar su nombre tres veces... el mundo cambió el día en que nació Mimmina". (Oلمي 2017: 236).

Vemos cómo Bakhita integró estos valores tradicionales anclados en ella desde su primera infancia y adolescencia como cemento de su edificio humano. Hicieron que nada le impidiera expresar plenamente su identidad.

### ***1.3 Libertad en cautividad***

Ser libre en cautividad puede parecer paradójico, pero se refiere a un estado de ánimo y a una actitud interior más que a una situación física. El itinerario migratorio de nuestra protagonista es muy especial. "Sale de Sudán. Y se queda. Sigue siendo parte de su tierra. De su tradición. Su lengua. Siempre vivirá allí... coge un poco de tierra roja y la pone en su pañuelo". (Oلمي 2017: 191). Ahora invencible, se dispone a proteger a Indir, el joven esclavo que viaja con ellos. Él también tiene una historia dolorosa, igual que la de Bakhita, y ella siente algo por él. En el barco que los lleva, piensa en su madre y se lleva a toda su familia. "El viaje tenía que ser largo para que Bakhita lo asimilara. Se deja acompañar por la fuerza de la naturaleza que nunca la ha abandonado. Es como si «hiciera falta esta travesía de cuarenta días, el lento paso del Canal de Suez, un corredor en el desierto entre África y Asia, que une el Mar Rojo con el Mediterráneo. Tuvieron que ser días y noches diferentes, cielos unidos al océano bajo el que no somos nada» (Oلمي 2017: 201).

En Italia es adoptada por la familia de Signore Illuminato Checchini. Su seudónimo de periodista local, Paron Stefano Massarioto, es descrito por el autor como humanista. Bakhita



acaba de ser aceptada en esta familia y a partir de ahora la llamarán «hermana pequeña». Sus pensamientos vuelven a su madre, sentada en el tronco de un baobab. En la tercera parte de la novela, titulada «De la libertad a la santidad», vemos que la protagonista, que abraza la fe cristiana mediante el bautismo, no lo ve como una nueva ruptura en su vida. Al contrario, «se pregunta si en Dios, que lo contiene todo, habrá un poco de su madre», y «sabe que la niña que ha criado va a hacer una hermosa luz en la martirizada tierra de Sudán». Ya no quiere contar su pasado, sino simplemente vivirlo y olvidar las malas imágenes. Y cuando en el convento de las monjas «su madre le pide que cuente la historia que quiere escribir, Bakhita no se entusiasma porque no está en las palabras. Está lo que vives y lo que eres. Dentro de ti misma. Eso es todo". (Olmí 2017: 383). Dentro de ella arde un sufrimiento agudo en la ruta de la emigración.

## Capítulo 2: Vínculos de sufrimiento

### *2.1. Sufrimiento en la propia carne*

Bakhita experimentó el sufrimiento tras el secuestro de su hermana mayor y la salvaje destrucción de su aldea. Todo había cambiado. Como consecuencia, dejó de reconocer a su madre porque se convirtió en «una madre preocupada, nerviosa e insomne». (Olmí 2017: 23). La resiliencia se va aprendiendo. Además, en la novela, la autora señala que fue a los siete años cuando Bakhita tomó conciencia de la existencia de la esclavitud. Pero, en su subconsciente, era una forma de ausencia. En efecto, «se enteró de ello, y luego siguió viviendo, como hacen los niños pequeños cuando juegan y no saben que están creciendo y aprendiendo». (Olmí 2017: 26). Llevando así una vida tranquila, desgraciadamente sufrió un dramático giro el día en que su madre la envió lejos con su amiga Sira. Fue capturada violentamente por dos hombres que paseaban por el pueblo.

Tras el secuestro, comenzó para Bakhita el duro camino de la migración, que fue una hemorragia de dolor. El primero fue la pérdida de su entorno natural, el paisaje físico y humano de su pueblo. La naturaleza está ausente de la habitación en la que está encerrada. Vive un tiempo de angustia con la violencia de sus captores, la noche, las ratas, los piojos en el pelo, etc. Lleva un cuerpo nuevo, vestido de dolor y maltrato. Ahora ha pasado de ser mimada a ser un trapo, y el maltrato no tiene paliativos. En su instinto de supervivencia, inventa una primera estrategia, que consiste en dejar que su mente sea habitada por su madre. Acababa de establecer una relación maternal espiritual fuertemente marcada por la proyección sobre la familia, sobre el útero materno simbolizado por el sueño fetal: «duerme plegada como un feto, se chupa el pulgar y a veces canta su canción». (Olmí 2017: 35). De nuevo, notamos la fuerza del vínculo entre el africano y la naturaleza. Chevalier Auguste decía con razón: «Sólo el brujo puede administrar sabiamente el veneno de las ordalías». Por último, es el brujo quien indica las plantas que alejan la mala suerte y a los ladrones, que hacen propicios a los genios, que garantizan la cosecha de los cultivos alimenticios o que hacen fructíferas la pesca y la caza. ». (Chevalier Auguste, 1937: 95)

Volviendo a Bakhita, su madurez se aprecia en la meditación en la que se sumerge a pesar de su sufrimiento. Busca comprender, dar sentido a lo que está viviendo. Se hace preguntas sobre el significado del mal: «No entiende por qué la gente siempre quiere hacerle daño. Lloro porque no lo entiende y llora de desánimo» (Olmí 2017: 38). La cuestión del mal que Bakhita no entiende, pero cuyo cuestionamiento ya indica un conocimiento del mismo, muestra la inteligencia de nuestra protagonista. En nombre de su humanidad y su fe, sabe que el mal no tiene derecho a existir. Se posiciona y denuncia.

Otra forma de violencia que la afecta es el cambio de identidad que supone el cambio de nombre. Esta vez los nombres

de pila no se comunican a la luna, como cuando ella nació. Son nombres ligados a su cosificación, nombres desprovistos de humanidad: «Djamila», que significa «es hermosa» y, por tanto, hay que venderla a buen precio. El segundo nombre es Bakhita, que significa «la afortunada» porque escapó de la muerte.

Tras la tragedia con Samir ya evocada, Bakhita fue sometida a una serie de sufrimientos, incluida la tortura del trapo: “El amo la manda llamar, ella corre, se postra, pide perdón, él le ordena que se levante, ella se levanta, de repente toma sus pechos nacientes entre sus manos y los retuerce como si quisiera “escurrir un trapo, como si quisiera desprenderlos de ella, arrancarlos de su carne, derretirlos, no verlos más” (Olimi 2017: 142-143). A esto le sigue el calvario de ser tatuada (Olimi 2017: 156; 158 -159). En el último tramo de su vida, eso es en el convento donde tuvo que elegir entre Mimmina, el objeto de su cariño maternal, por un lado, y Dios, por otro, Bakhita experimenta un dolor atroz. Para ella, que ahora conoce a Jesús, el amor humano es incomparable con el amor divino. Elegir es siempre perder algo. La elección de Dios fue natural para ella. Marcó su humanidad: «Amo a Mimmina y quiero a Dios», exclamó. Sufrió su último calvario cuando, religiosa, cinco años después de su llegada a Schio, había sido expuesta como obra de museo durante dos días para satisfacer la curiosidad de los visitantes y permitir a las monjas ganar dinero.

Mas allá del sufrimiento propio el camino migratorio de Bakhita está sembrado del dolor ajeno y la palabra que lo expresa es la compasión.

## ***2.2. Compasión o sufrir el sufrimiento de los demás***

Un rasgo de la belleza de Bakhita reside en el hecho de que, aun sufriendo en el camino de la esclavitud y la migración, «toda su vida buscará la mirada de los seres maltratados por la vida, el trabajo o los amos. Se hace solidaria como en el pueblo. Entra en el mundo organizado de la violencia y la sumisión, tiene

siete años y, a pesar de su miedo, está atenta» (Olmí 2017: 39). Sufre con su hermana secuestrada antes que ella. Percibe su dolor y lo experimenta en sus propias carnes. Se da cuenta de que ella también es una esclava. En su interior, la comunicación que desea se hace imposible. Ella quiere luchar para preservar y expresar el sentido de la humanidad, el valor de la vida que lleva. En camino, se siente atraída por un bebé y sin permiso intenta tocarlo. Porque siente «la violencia dentro de la violencia, lo inhumano dentro de lo humano» (Olmí 2017: 50). Es un sufrimiento inhumano ver ante sus ojos el dolor del bebé que llora de hambre y al que se le impide mamar de la cabra. Este bebé ha sido atrocemente asesinado, junto con su madre. El gran centro caravanero de Sudán es, en efecto, el teatro de un mundo saqueado y vendido. Bakhita busca la vida para superar su miedo, e incluso pensar en su familia se convierte en una carga.

No pudo olvidar el sufrimiento de los niños que conoció: «vio niños abandonados, enfermos, que pronto morirían y nadie se acordaría de ellos, excepto ella. Aún no lo sabe, pero no olvidará a esos niños de las calles de El Obeid, y volverá a encontrarlos, en otro lugar, en otras infancias, otras calles, miseria universal» (Olmí 2017: 127). Aquí la narradora anticipa lo que Bakhita vivirá más tarde en Italia con las monjas.

En abril de 1885, entra en el puerto de Génova y se despide definitivamente de Sudán. Le llama la atención una mujer que le abre los brazos como una madre: Maria Turina Michieli, esposa de Augusto, decepcionada por no tener una esclava de regalo. Clementina la lleva al cementerio y ve allí enterrados a dos hijos de Parona Michieli. Entiende mejor por qué esta mujer está amargada y es infeliz. Italia entra en guerra el 23 de mayo de 1915 junto a Francia, Inglaterra y Rusia. La casa de las monjas acogió a las víctimas de la guerra: “Cuando duele. Cuando tienes hambre. Cuando ya no amas. Ya no tienes fuerzas, ella lo sabe. Así que alimenta a los heridos para que,

junto con el sabor del pan, puedan redescubrir el sabor de la vida”. (Olmí 2017: 399-402).

Nuestra emigrante ha hecho todo lo posible para resistir su propio sufrimiento y soportar el de los demás con compasión. Avanza con fuerza y valentía, pero cuando el mal se institucionaliza, la resiliencia se hace muy difícil.

### ***2.3. Sufrimiento por el mal institucionalizado***

Bakhita ve el sufrimiento organizado como un mercado, institucionalizado, con sus miedos, su ira y su odio. Conoce el dolor del apátrida, del desarraigo familiar. Pero lo más duro es cuando el sufrimiento acaba en muerte. Y Bakhita lo vivió con conmoción. Para un africano, una muerte así es cruel: “el rastro de la caravana está marcado con esqueletos rotos como haces de madera, limpios y blancos. Bakhita se ha encontrado con una muerte sin ritos ni entierro, una muerte más allá de la muerte. No son los hombres los que mueren, es un sistema el que vive”, dice la autora (Olmí 2017: 47). Este sistema es insensible a la tradición en estos ritos de enterramiento de los muertos. Sin embargo, mientras no se respete este rito, el difunto aún no ha llegado a la tierra de su destino: «todavía hoy se realizan ritos para enviar al difunto a bloôlo, el pueblo de los antepasados. El viaje del muerto a bloôlo, el más allá, es una serie de ritos que preparan el camino para renacer en la tierra de los antepasados». (Kouassi Kouakou, 2005: 14-17)

El sufrimiento es tanto más cruel cuanto que se inflige a menores inocentes. El autor denuncia el sistema político de este gobierno turco-egipcio, que ignora la cólera y la fuerza del pueblo. Incluso la tierra gime y sufre por el sufrimiento de los esclavos. Para ella, todos los que causan sufrimiento «cargan sobre sus hombros la caída de un mundo» (Olmí 2017: 166).

El viaje por mar de África a Europa despierta en nuestra protagonista una dolorosa compasión: la vieja historia de la emigración. En efecto: «Mira al océano y piensa en todo lo que

hay debajo. El mundo frío y profundo donde se detiene el sol. Sabe que navegan sobre antiguos muertos. Ha oído hablar de los viajes de los esclavos a nuevos mundos, sabe que África está siendo arrancada de África» (Olmí 2017: 202). Su sufrimiento ya no es físico, sino nostálgico y emocional.

Todavía en el registro del mal institucionalizado, Bakhita tiene una experiencia negativa del sexo masculino. Son los hombres los que ordenan todas las torturas de la esclavitud. Son los hombres los que compran y venden esclavos, los que los arrastran y los matan. Este sistema continúa hasta Italia, donde se ve obligada a regañadientes a obedecer al cónsul y convertirse en esclava de Augusto y María Turina.

El complejo de superioridad del europeo hace que las monjas no vean a Bakhita como una igual a ellas. Tampoco ven la humillación que le están infligiendo. Todo lo contrario. Sus superiores deciden llevarla por toda Italia para ganar dinero para las misiones y para «aumentar el prestigio del instituto llevando a Madre Giuseppina por toda Italia, y eso, esa sencillez de espíritu, esa inocencia, era tan representativa del pueblo africano» (Olmí 2017: 440). Sí, «es a través del contacto con los italianos como Bakhita se entera de que Etiopía, ese país tan cercano al suyo, es un país inmoral pero con riquezas sin explotar: petróleo, oro y plata, platino, nitrato, azufre, hierro, hay de todo y van a devorarlo todo, invaden, cavan, excavan...» (Olmí 2017: 449). Por otra parte, algunos científicos italianos habían demostrado la superioridad de su raza y podían declararse abiertamente racistas: «Había que enseñar a los niños que eran superiores a los negros y racialmente superiores a los judíos. Y el ministro de Educación Nacional afirmó el carácter 'eminente espiritualmente' del antisemitismo fascista» (Olmí 2017: 459).

Esta es una breve descripción de un viaje migratorio profundamente conmovedor, pero con un atisbo de esperanza que saborearemos.

## Capítulo 3: Vínculos de esperanza

### *3.1. Conservar el corazón de un niño, hacer presente el pasado feliz*

En esta biografía, la autora confirma nuestra idea de que las fundaciones de la vida humana se echan en la infancia. Y que el recuerdo alimenta la resiliencia. Ya en el primer capítulo, la narradora revela el secreto de la maravillosa historia que va a contar a través del proceso de analepsis, o retorno al pasado: “No ha olvidado quién era de niña, cuando llevaba el nombre que le dio su padre. Como homenaje a su infancia, guarda en su interior a la niña que un día fue. Esta niña que debería haber muerto en la esclavitud sobrevivió, esta niña fue y sigue siendo lo que nadie ha conseguido arrebatarse”. (Olmí 2017: 13-14).

Para la autora, la infancia es «una imagen del paraíso perdido que conservará para convencerse de que existió. De ahí viene ella, del lugar de la inocencia masacrada, de la bondad y del descanso. Eso es lo que ella quiere. Venir de una vida justa. Como cualquier vida anterior al conocimiento del mal» (Olmí 2017:18). Es más, en muchas culturas africanas los niños son portadores de algo sagrado y a menudo se utilizan para atraer bendiciones, como es el caso de los dogones:

Son los pequeños pastores que, por su estancia habitual en el monte, en contacto con las potencias temidas, están imbuidos de lo sagrado, a los que se hace cometer el grave acto de comer las primicias, especialmente las del campo del jefe... El lugar que se da a los pequeños en el ejercicio de los actos religiosos y sociales los introduce en la esfera de lo sagrado, de lo que a veces se convierten en una verdadera manifestación (Pierre Erny†, 2020: 144-149)

Además, el ambiente en el que crece un niño en el pueblo suscita sueños desde una edad temprana y empieza a preparar al niño para su futura vocación. Este es el caso de la familia de Bakhita: “Los pensamientos de su madre están en otra parte,

porque su hija mayor ha venido a pasar la tarde. Pronto será como ella. Ya tiene un bebé. Tendrá otro. Y otro. La vida de una mujer casada. El canto más lento de la madre expresa orgullo, discreta preocupación y ternura”. (Olmí 2017: 19). Bakhita ha crecido en este ambiente, que la hace sentirse madre. Es una esperanza natural. Mientras caminaba, siempre llevaba la esperanza de ser rescatada por sus seres queridos, su padre en particular. Intentaba fotografiar el viaje que hacía con sus secuestradores para poder volver a casa. Mas tarde la madre alimentará la esperanza de los niños: «las voces de sus madres, se las guardan para sí, en una esperanza tan fuerte que se sostiene en un sollozo. No se puede volver a ser dos niñas demasiado deprisa. Hay que aguantar. Hay que tener valor. Y fuerza para dos» (Olmí 2017: 71). Su personalidad se afirmará e intentará tomar las riendas de sí misma, despertará su potencial interior, encontrará la gran fuerza enterrada en su cuerpecito de niña. Y para superar estos momentos de dolor y alimentar su esperanza hace la representación mental de su vida anterior. A cada paso, a cada momento, recrea su espacio amado, su espacio vital. Al abrir la palma de su mano, Bakhita es capaz de leer todo lo que la ha sostenido: la familia, los recuerdos, la esperanza, todo simbolizado por la mano. Incluso puede ver las cadenas invisibles de quienes se creen libres, como su actual ama, la última antes de que el cónsul italiano la comprara por quinta vez. El simbolismo de la mano es muy rico en todas las culturas. La esperanza de Bakhita no se ve alterada por nada. Incluso marcharse es, para ella, tener esperanza para siempre. Cada vez que se marcha, espera reunirse con su familia. Esconde su dolor para sobrevivir. "Bakhita cierra los ojos y en su sonrisa, Elvira lee su amor a la vida, un amor tan profundo como la esperanza. Una resistencia» (Olmí 2017: 412). En su interior, sin duda, hay una fe en Dios que alimenta su esperanza.



### **3.2. De lo natural a lo sobrenatural**

El edificio humano se fortalece también con las intemperies, eso es la lluvia, el viento, el sol, etc. Por eso, todas las dificultades alimentaron la fe y esperanza de Bakhita. Después de superar las pruebas pudo vivir en la felicidad de la esperanza. Dicha esperanza se nutre de las plegarias que dirige a la naturaleza, igual que vio hacer sus padres, sobre todo su padre: «¡Hazme muy pequeña! le pide una tarde a la luna, que no puede ver, «¡Hazme salir! Lloro y siento que desaparece, que la vida la abandona. Y entonces vuelve a sentarse. Algo tira de ella, la despierta de la desesperación". (Olmí 2017: 36). La naturaleza es una fuente de espiritualidad cuando se sabe saborear. A Bakhita le gusta escuchar y dejarse fortalecer por los ladridos, los balidos de las cabras y el llanto de los burros, las llamadas y las voces del pueblo. Así es la vida, y la vida es insoportablemente bella. Ella vivió esta espiritualidad como una locura que la marcaría para siempre: «Recordará esa noche el resto de su vida. Es como un cuento de hadas, un mito. Se enorgullecía de ello, de lo que se avergonzaba un poco, pero que la devolvía al verdadero salvajismo del Sudán que le pertenecía y al que supo enfrentarse» (Olmí 2017: 64).

Esta vida divina que fortalece su persona e identidad se vive en la interioridad. Es una fuerza interior que la acompaña en el camino, le da valentía para esperar. A esta fuerza, Bakhita la llama su ángel de la guarda, o su agua para beber, su pájaro imaginario o su esperanza: «Y de repente sucede. Una luz muy fina, una mano puesta dentro de ella, tomando su dolor, el dolor de su alma y el dolor de su cuerpo, envolviéndola sin empujarla, como un velo que descansa. Respira sin que duela. Vive sin que le aterre.... Se abandona a sí misma» (Olmí 2017: 68-69). De ahí surge una alegría misteriosa, la fuerza de la esperanza, y luego el vacío. En los momentos difíciles o más complicados, el espíritu de Bakhita vuela por los aires, rezando a su pájaro

imaginario: « Le habla con palabras sencillas que el pájaro entiende, está segura de ello, lo desea, y el pájaro se cierne sobre ella, con las alas abiertas como una caricia que va de uno a otro» (Olmi 2017: 100). Oración y contemplación son otras maneras de llamar la experiencia interior de nuestra protagonista. De esta misma experiencia nace el amor que es, en definitiva, la expresión de la felicidad. El amor es divino.

Bakhita ha aprendido a distinguir el verdadero significado del amor, el que recibió de sus padres “un reconocimiento, un compartir y una fuerza”. Nada que ver con lo que experimenta en cautiverio. "Cuando la angustia es demasiado grande, piensa en la cálida mano que descansaba en su interior aquella noche en el bosque cuando escapó. No sabe si era un antepasado, un espíritu, un fantasma, no sabe cómo decirlo, sería imposible explicarlo. Pero suplica que esa mano vuelva...". (Olmi 2017: 123). En cuanto al encuentro con Jesús, fue un choque. Ella estaba angustiada. Pero cree en Dios y sabe que los vivos y los muertos conviven. Siempre ha respetado a sus antepasados, los otros.

### ***3.3. El otro, mi esperanza***

La esperanza como camino de felicidad no es solo una cuestión personal y una relación con el Ser Supremo. Implica también una convivencia con los demás, vivos y muertos. Para Bakhita, el otro es un camino y una vía segura de esperanza, de ahí su alegre búsqueda de interacción. Y así es como avanzará en la vida a partir de ahora. Conectada a los demás por intuición, sentirá lo que emana de ellos a través de su voz, sus pasos, su mirada, a veces un gesto» (Olmi 2017: 52). Para alimentar su esperanza, tiene sentido del humor y sabe cómo hacer nuevos amigos a lo largo del camino de la migración. No quiere perder nada de la fuente de amor que lleva dentro, así que quiere «compartir con un extraño el amor que ya no podemos ofrecer a los que echamos de menos». Canta con su amiga para escapar

del sufrimiento, porque no entiende de palabras, sino de sentimientos. Y los sentimientos generan esperanza. La esperanza nos hace soñar, y los sueños nos hacen vivir, porque son nuestro horizonte. Durante tres días, los dos niños hablan y sueñan con su pueblo, lo que les da una fuerza extraordinaria para escapar sin pensar en el riesgo que corren, impulsados solo por su horizonte: «Bakhita se imagina en brazos de su madre, abrazada contra ella, con los ojos cerrados...». (Olimi 2017: 59). Obviamente vemos que utiliza los recursos innatos y adquiridos en su familia y pueblo, y a lo largo de la ruta para salir adelante y avanzar con otros. Nunca sola, siempre acompañada.

Al final de la huida, un nuevo sufrimiento en el redil, pero ¡su sueño permanece! La esperanza de volver a vivir, de salvar a su amigo moribundo, la esperanza una vez más perdida y encontrada en el bebé que llora. Así es como «Cada niño que llora estará en sus brazos, esperando su consuelo» (Olimi 2017: 83). Siempre caminan con la esperanza de que lo peor ha pasado -Bakhita quiere superar su miedo, quiere vivir y hace esfuerzos para ello, también quiere que su amiga viva: «No te soltaré de la mano» (Olimi 2017: 83), este es el verso que las animará a apoyarse mutuamente para superar las pruebas del camino. Su sufrimiento es compartido, al igual que sus esperanzas. Llevará la prenda de la esperanza a la familia de sus amos en Italia. Enseña a su ama lo que sabe: «no hay que esperar con miedo al niño... y esperarán juntos a este niño. El ama y la criada. Solo entonces el ama le cuenta con confianza a su esclava la historia de sus hijos muertos y su dolor, su rechazo a la Iglesia y a su «Señor devorador de niños» (Olimi 2017: 228-231).

Bakhita, que ha desempeñado el papel de madre antes de tiempo desde el día de su cautiverio, realiza un acto espectacular y de gran alcance para su patrona. «La parona se refugia en los brazos de la Moretta y solloza. Por fin tiene derecho a llorar. Como una diosa, Bakhita despierta la vida del hijo de su patrona, condenado a muerte... La parona permanece muda, espectadora

desposeída, pero siente renacer la esperanza» (Olmí 2017: 236-235).

La esperanza se reaviva cuando, tras año y medio de vuelta en Sudán, los amos deciden dejar ahí a Bakhita y retornar a Italia. Fue la pequeña Mimina, apegada a ella con su llanto incesante, quien, «sin saberlo, iba a hacer lo que había hecho por ella un año y medio antes: salvarle la vida». El otro trozo de vida vuelve a empezar sin nadie atrás.

## Conclusión

Al analizar la novela de Véronique Olmi, hemos descubierto que la historia de migración y esclavitud de Bakhita nos ha ofrecido un modelo de resiliencia para los jóvenes migrantes africanos. Este modelo se basa en los vínculos fundamentales que deben mantenerse con la familia, el lugar de origen y las nuevas relaciones formadas en el camino. En los vínculos del nacimiento se construyen las fundaciones de una identidad sólida. A través de los recuerdos de su infancia y las experiencias espirituales, Bakhita encuentra la fuerza para sobrevivir y mantener su espíritu intacto. La autora destaca que la infancia es una etapa crucial que nutre la resiliencia, y para Bakhita, el recuerdo de una niñez llena de amor y seguridad se convierte en un refugio y una fuente de fortaleza. Este vínculo con su pasado feliz le proporciona una base sólida sobre la cual edificar su esperanza y resistencia. En el sufrimiento se fortalecen la alteridad y la capacidad de resistencia. Ahí es donde la compasión emerge como una respuesta al dolor que Bakhita observa y comparte con otros a lo largo de su camino. Su empatía y solidaridad con aquellos que sufren a su alrededor resaltan su humanidad y fortaleza interior. A través de su compasión, Bakhita demuestra que, a pesar de las atrocidades que enfrenta, puede mantener un sentido de comunidad y apoyo mutuo. A su vez, la naturaleza y lo sobrenatural juegan un papel

fundamental en su vida brindándole consuelo y una sensación de conexión con algo más grande que ella misma.

A través de estos enfoques, hemos pretendido proporcionar una comprensión profunda de cómo estos vínculos pueden ayudar a los migrantes a enfrentar y superar las luchas inherentes a su ruta migratoria. Así, se ofrece una perspectiva integradora que combina la fortaleza emocional, la identidad cultural y la esperanza, como pilares esenciales para construir una vida digna y resiliente.

## Bibliografía

Chevalier A. (1937). Les plantes magiques cultivées par les Noirs d'Afrique et leur origine. *Journal de la Société des Africanistes*, tome 7, fascicule 1. p. 95; doi: <https://doi.org/10.3406/jafr.1937.1626>, [https://www.persee.fr/doc/jafr\\_0037-9166\\_1937\\_num\\_7\\_1\\_1626](https://www.persee.fr/doc/jafr_0037-9166_1937_num_7_1_1626).

Chevalier J., Gheerbrant A. (2003). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder. 1107 p.

Dembélé D. M. (2015). Ressources de l'africaine et stratégies d'exploitation. *La Pensée* 2015/1, n.381, Éditions Fondation Gabriel Péri, p.31, ISSN 0031-4773 DOI 10.3917/lp.381.0029.

Erny P. (2024). L'enfant dans la pensée traditionnelle de l'Afrique Noire. *Revue des sciences sociales*, 64/2020, pp.144-149. Consulté le 03 février 2024. URL : <http://journals.openedition.org/revss/6002> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/revss.6002>.

Kouassi K. (2005). La mort en Afrique : entre tradition et modernité. *Études sur la mort* 2005/2, n.128, p. 147. Éditions Centre International des Études sur la Mort (CIEM) ISSN 1286-5702, ISBN 2847950664 DOI 10.3917/eslm.128.0145. Article disponible en ligne à l'adresse <https://www.cairn.info/revue-etudes-sur-la-mort-2005-2-page-145.htm>.

Olmi V. (2017). *Bakhita*, Paris: Éditions Albin Michel, 473 p.

Soede N. Y. (2011). Conception africaine de la vie et du temps. *Théologiques*, 19 (1), p. 13–25. <https://doi.org/10.7202/1014178ar>.